

Epílogo para Lonquén

JOSE ALDUNATE, s.j.

Los Hornos de Lonquén, donde fueron encontrados los restos de 14 campesinos detenidos y asesinados por la policía en 1973, se habían convertido en un monumento al recuerdo y un centro de peregrinación. Hace poco la prensa anunció que estos hornos habían sido dinamitados.

Esa imponente mole de piedra y ladrillo era todo un símbolo. Para el pueblo, tan adicto a las "animitas", era el monumento que marcaba el sitio del fatal desenlace. Nuestros caminos están flanqueados por casuchitas que recuerdan al viajero despreocupado que alguien vivió allí su última hora. En Lonquén la casuchita estaba hecha: sus paredes estaban consagradas con la sangre de los seres queridos; su inmensa mole parecía asegurarles la perpetuidad de las montañas. Su boca se llenó de flores y cruces y velas. Para los Maureira, los Astudillo, los Hernández y muchos otros, era el lugar del recuerdo. Tanto más cuanto que no podían encontrar los restos queridos en el cementerio de Isla de Maipo. No podían visitar el lugar propio del consuelo sin un desgarramiento del corazón. En la fosa común habían vaciado las 14 bolsas en que se había concentrado tanto cariño y una búsqueda tan incesante. Estos restos, convertidos ahora en desecho, eran en verdad parte de sus propias vidas de esposas, madres e hijos. Esta cruel burla se consumió por orden de nuestra Justicia, a la hora misma —esa tarde del 13 de septiembre de 1979— en que esas esposas, madres e hijos esperaban, en el templo franciscano de la Recoleta, la llegada de los 14 cajones que les devolverían sus seres queridos. Ellos no han hallado, pues, su lugar propio de descanso. Sólo les quedaba el santuario de los Hornos.

Pero el dinero se confabuló

con el poder para posesionarse de los Hornos, que ya eran patrimonio de Chile, para hacerlos desaparecer, y para levantar una reja de metal de tres metros de alto —nos advierte *El Mercurio*— impidiendo el paso a los deudos y peregrinos. Ya es aquello "propiedad privada" adquirida por una "sociedad de particulares" y destinada, según nos informan, a una explotación minera. Los viejos Hornos estaban de más... más aún, convenía que desaparecieran.

Ante el país y para el mundo, estos Hornos eran en pequeño lo que representan Dachau, Buchenwald o Auschwitz para el pueblo alemán y la humanidad entera: un monumento y recuerdo de la barbarie, del abuso y del terror de que el hombre es capaz. Aquel pueblo, el alemán, supo asumir con valor y verdad su pasado y cuida con esmero esos símbolos convertidos en monumentos nacionales. Miles de visitantes recorren cada año esos lugares de horror, los hornos de exterminio que consumieron innumerables vidas humanas. Allí aprenden la lección de la historia y qué hacer para que lo sucedido en el pasado no vuelva jamás a repetirse. Por esto, en contraste con aquello, la destrucción de nuestra reliquia adquiere aquí una ominosa significación. Significa que aquí no hay reconocimiento, que no hay conversión, que sólo persiste una voluntad de borrar las huellas de lo sucedido, pero sin corregir las actitudes que le dieron realidad.

Primeramente, nuestra Justicia no reconoció la forma jurídica del asesinato: según ella, se trató sólo de "violencias innecesarias"; luego se aplicó el decreto-ley de la amnistía sin que se esclareciera toda la verdad. El país quedó sin saber qué sucedió y hasta dónde se extendió la complicidad y el encubrimiento. La voladura de los

Hornos no es sino la lógica secuencia de lo anterior.

Se dirá que el país necesita "olvidar". Es verdad que el perdón, y luego el olvido, habrán de poner en definitiva un bálsamo sobre las heridas de la nación. Pero es condición previa para ello, poder "saber" y "reconocer". Sólo sabiendo lo que pasó, el olvido tendrá el valor de lo consciente y libre, será un acto maduro de generosidad y perdón. Y necesitamos todos también "reconocer" y confesar nuestra participación, nuestra cobardía, nuestro silencio. Sólo así nos convertiremos del mal y podremos construir una nueva sociedad. No es con mentiras, con amnesias, con encubrimiento de los cuerpos del delito; no es con dinamita o con mordazas que Chile reparará sus trizaduras y crecerá hacia una verdadera convivencia.

Que se desengañen quienes quieren concluir, como un matutino, que con lo sucedido "se ha puesto término a estos hechos que se conocieron como el caso Lonquén". Los que así esperan no cuentan con la "memoria subversiva" de los pueblos. Porque estos muertos no están solos. Los acompañan quienes tienen "hambre y sed de justicia". Sobre la tumba de uno de estos justos, Alberto Hurtado, profetizó Gabriela Mistral: "será un desvelado y un afligido mientras nosotros no paguemos las deudas contraídas con el pueblo chileno, viejo acreedor silencioso y paciente".

No, no han quedado solos ni inermes las víctimas de Lonquén. Han pasado a engrosar una legión. Contra ellos ya nada pueden las armas ni los explosivos. Son la fuerza del espíritu que en definitiva triunfará. Desde el más allá una fuerza misteriosa actúa sobre nuestra historia. Las vidas y las muertes del pasado pesan sobre el presente y sobre ellas se construye el futuro. El inconsciente dinámico de la nación se ha ido cargando con estas vivencias y, al sobrepasar cierto umbral crítico, irrumpirá en nueva conciencia y vida y acción. Chile entonces habrá renacido.